

Vida mía

Clara caminaba agobiada. El peso de la tristeza era mayor que el de los paquetes que cargaba. Todos los meses le llevaba las provisiones a Julio. Solo pensar en la casa familiar, donde crecieron los cuatro hermanos, tan bonita y alegre en otros tiempos, ahora convertida en un lugar a medio demoler, la angustiaba.

Al verla llegar, doña Elsa, la vecina, la saludaba. Entre compasión y reclamo le decía: “tu hermano sigue golpeando las paredes todos los días, ¡pobrecito!”.

A esa altura del mes, Julio, pasaba días esperándola en la vereda. Sólo ella se ocupaba de sus necesidades. Su ex mujer se divorció para proteger a los niños, las otras hermanas ya no lo soportaban y los hijos, ya grandes, no lo incluían en sus vidas. Todos huyeron de la locura.

Clara sabía que a pesar de todo lo irracional y delirante, su hermano sufría la soledad. Julio todavía estaba allí. No podía olvidar su carita dulce de niño, cuando le tomaba la mano para que lo ayudara a trepar por el muro, o cuando se escondía detrás suyo ante los rezongos de su madre. Así, al morir ésta, Clara tomó su lugar.

Al llegar, besó a Julio y entraron. Como siempre, ver la casa con las paredes sin revoque, el ladrillo al descubierto, el piso sin baldosas y las habitaciones casi vacías, la angustiaba, a pesar de ir preparada para la visita.

Julio preguntó inmediatamente por la cerveza y ella dijo: “sabes que no puedes mezclar alcohol con tus medicamentos” y al igual que todos los meses él contestaba: “pero ella me visitará hoy, ¿qué tomaremos?”, “traje agua y refrescos, galletas, dulces, frutas, que puedes compartir con ella”, era la respuesta de su hermana.

Clara ya no le explicaba que nadie vendría, porque él insistía diciendo que sólo lo amaba quien llegaba con la luna llena y todo razonamiento contrario se diluía en una serie de incoherencias. Para Clara era uno de sus delirios.

Fueron a sentarse al fondo de la casa, en lo que otrora era un hermoso parque, ahora convertido en un depósito de escombros.

- ¿Julio cuando sacarás todo esto de aquí? preguntó ella.
- Ya termino. Los de la esquina lo llevarán con el camión – contestó el.

Dejando el tema de lado, pues nadie lo ayudaría, Clara acomodó las compras y se fue. Caminó hacia la plaza cercana y se sentó a llorar.

Era el atardecer de un día de verano. Julio subió a su habitación y se sentó detrás de la ventana. Las celosías estaban cerradas y el miraba a través de la mirilla, esperándola. La oscuridad avanzaba, pero poco a poco, un reflejo comenzó a iluminar el ambiente. Estaba muy ansioso caminando de un lado a otro, mientras una y otra vez giraba el disco Vida Mía en el viejo gramófono de su padre. Así la llamaba.

Pasaron las horas, hasta que un fuerte resplandor comenzó a entrar a través de las celosías. Era el anuncio. El abrió la ventana para que ella entrara, y al hacerlo, inundó la habitación de luz. Julio la miraba hipnotizado. Sentía como ella, lo tomaba entre sus niveos brazos, lo envolvía con el vuelo de su blanca y tenue capa, lo acunaba suspendiéndolo en el aire y lo amaba tiernamente al principio, furiosamente después. A su paso todo caía. Ruido de vidrios rotos acompañaban el tango Vida Mía que seguía sonando.

Así transcurrió la noche hasta que se hizo el silencio y los primeros rayos de sol le robaron a su amada.

-Por favor no te vayas -gritaba Julio.

-Volveré –respondía ella.

Muy temprano en la mañana, Doña Elsa llamó a Clara para avisarle que algo pasaba con su hermano. Los ruidos en la noche habían sido terribles, vidrios que se quebraban, gritos y golpes y el tango Vida mía sonando una y otra vez.

-Ahora- dijo Doña Elsa- todo está calmo, la casa está abierta y no me animo a entrar.

Clara corrió a verlo. Entró en la casa y al llegar a la habitación, encontró un desorden digno de muchos Julios, botellas de cerveza rotas, el viejo gramófono destruido al igual que los discos y Julio desnudo, en cuclillas, en un rincón

mirando hacia la pared. Mientras lloraba, golpeaba su cabeza y gritaba:” él se la llevó, ¿por qué se la llevó?”

A pesar de que no era agresivo con Clara, se veía iracundo y desenfrenado, por lo que ella llamó a la emergencia médica. Decidieron internarlo, para lo cual lo sedaron.

Días después, mientras Clara arreglaba el desastre de aquel dormitorio, le pareció escuchar a lo lejos el tango Vida mía, pero no le dio importancia. La internación de su hermano la atormentaba.

Pasado un mes de aquella noche trágica, Julio comenzó a agitarse y a decir a los enfermeros que abrieran las ventanas porque ella vendría y quería recibirla, a lo que le contestaban que eso no sería posible, sólo podría hacerlo en el horario de visita. Al seguir insistiendo, le dijeron que si continuaba lo tranquilizarían con aquellas terribles inyecciones que le dejaban doliendo el cuerpo, por lo que dejó de hablar. Silenciosamente fue al baño y comenzó a raspar sus muñecas con un pequeño trozo de lata que tenía escondido. La vida comenzó a alejarse de Julio, primero lentamente y luego a borbotones cayendo al suelo, tibia, roja, pegajosa. Cuando lo encontraron, la vida ya había escapado de su cuerpo y Julio estaba libre.

Clara recibió la noticia con tristeza. Tal vez si no lo hubiera internado.....

Días después fue a vaciar la casa. A lo lejos le pareció escuchar el tango Vida mía. Al salir a la calle la música se oía más claramente. Fue hacia los niños que jugaban a la pelota y les preguntó si sabían de donde venía la música.

- Si, de la casa de la esquina- dijo uno de ellos
- Es la casa de la loca, la amiga de tu hermano- dijo otro

Como un golpe en el pecho, la respuesta ahogó a Clara. Lentamente fue hasta la casa de la esquina. Todo estaba cerrado. De pronto, la ventana se abrió con violencia y una mujer de pelo entrecano que caía desprolijo, muy blanca, con los ojos hinchados por el sueño obligado de los medicamentos, la miró fijamente y con voz ronca le dijo:

- Yo lo amaba.